

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 25 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
de la simpática artista

MABEL NORMAND

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la
tenemos cedida a la SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS
Y PUBLICACIONES, S. A. - Barbará, 16, BARCE-
LONA.-Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN

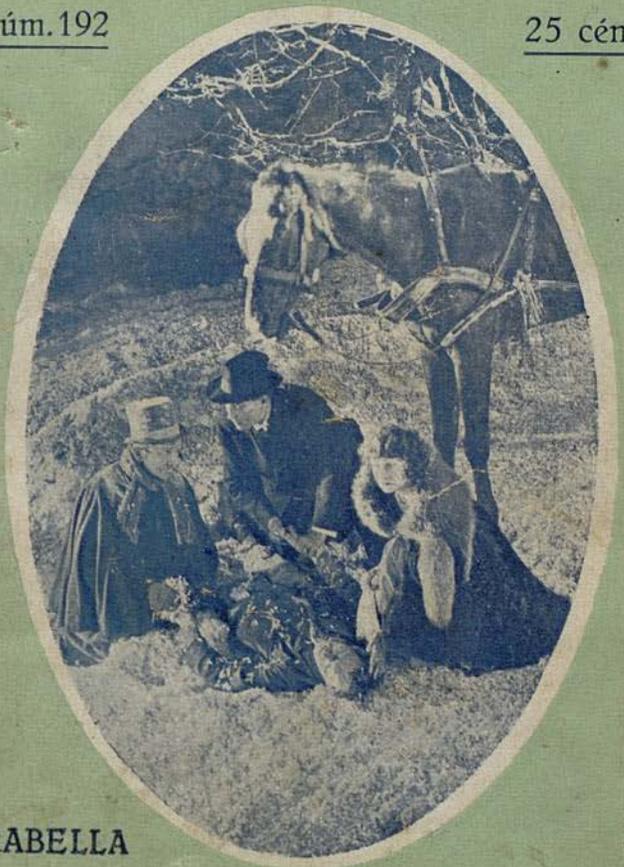
E. VERDAGUER MOÑERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

GRUNE, Karl

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 192

25 cénts.



ARABELLA

(La odisea de un corcel)

por Mae Marsh
Biblioteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 192

ARABELLA

Sentimental novela. Odisea de un caballo

Interpretación a cargo de la bella artista

MAE MARSH

Exclusivas

MODESTO PASCÓ

Rambla de Cataluña, 62



Con esta novela se regala la postal-fotografía de

BUSTER KEATON



ARABELLA

Argumento de la película

La yeguada de Alfredo Morlan, el propietario de cuyas caballerizas salían de vez en cuando ágiles "pur sang" que hacían célebre su nombre, era famosa en todo el país.

Allí, en una inmensa extensión, apacentaban las finas bestias de lomo reluciente y esbeltas formas. Adquirían de generación en generación una pureza de raza cada vez más perfecta y en los hipódromos eran los caballos favoritos a los grandes premios.

En todas partes, igual entre los animales que entre los hombres, vibra, con acentos de honda ternura, el amor maternal. "Star", una yegua, producto de un cruzamiento de razas aristocráticas, había dado a luz un potrillo, un pequeño animal en quien tenía depositadas todas las esperanzas su propietario.

Unos chiquillos rondaban la cerca en que estaba encerrado el ganado. Con la travesura y la inconsciencia propia de los infantes, abrieron la portezuela, y el potro, deslumbrado un momento por aquella promesa de libertad, acuciado por sus instintos juveniles, emprendió veloz carrera lanzándose al campo que el sol del atardecer llenaba de tímidos colores.

El potrero, al darse cuenta de la huida de la bestia, corrió a cerrar la valla, impidiendo que los otros caballos siguieran el mismo camino. Pero "Star" comenzó a buscar inútilmente a su hijo y era una pequeña tragedia "casi humana" la de aquella madre enloquecida por el dolor de ver perdido al potro. Dió vueltas por el amplio cercado relinchando con un lamento de pena.

—Anda a casa, "Star". Ya buscaremos a tu hijo —dijo el potrero.

Los guardianes de la yeguada comunicaron a Alfredo Morlan la fuga del caballito, lo que contrarió infinitamente al propietario. Era éste un hombre elegante, pulcro, apasionado del hipismo, que como un gran señor se complacía en presentar a todos los pueblos del mundo sus bestias armoniosas y fieras.

—Hay que buscarlo inmediatamente—ordenó.

Y montando a caballo y seguido de otros jinetes, salió al campo en persecución del desaparecido.

Entretanto, el potro, con la inconsciencia de la juventud, se asomaba al mundo, y sus ojos, acosumbrados solamente a contemplar escenas de égloga, se detuvieron sobre una visión de crueldad.

Un carrero azotaba brutalmente a una pobre bestia de carga atascada en mitad del camino, que no podía con el enorme peso. El látigo restallaba sobre el andamiaje de sus costillas.

El potrillo, como si sintiera ya por vez primera cerca de él los siniestros aleteos de la maldad humana, emprendió una fuga loca, corriendo despavorido a campo traviesa, mientras iba cerrando la noche y comenzaba a descargar un temporal de agua y truenos.

No tardó el fugitivo en comprender que la libertad era una senda erizada de peligros. Retrocedió

al ver pasar el tren, monstruo que avanzaba con un rumor de hierros entrechocados. Y siguió desorientado, buscando instintivamente de nuevo el hogar amado, el calor y el alimento de las repletas ubres maternas.

En medio del bosque, en el marco humilde de una carreta de saltimbanquis, triunfaba la belleza agresiva y la elegancia ingénita de la gentil Arabella. Formaba parte de una "troupe" de artistas que corrían por el mundo brindando las viejas canciones aprendidas en los caminos, y los bailes que evocaban el amor.

El potrillo llegó en su carrera hasta donde se encontraba parado el carro de los artistas, y tirando de frío, calado hasta los huesos, asomó su cabeza por el hueco de una ventana abierta en cuyo departamento se hallaba la muchacha. El asombro de Arabella fué grande ante la inesperada presencia del animal.

Salió precipitadamente para sujetarlo, pero la bestia, extrañada ante gente desconocida, quiso huir, perseguida por las piernas ágiles y acostumbradas al cansancio, de la joven. Varias veces un lazo corredor que esgrimía Arabella falló sobre la cabeza del potrillo que procuraba escapar, temiendo algo malo de la persecución.

Seguía lloviendo. La bestia, desorientada, cayó en una laguna y nadaba desesperadamente con las fuerzas ya casi extinguidas.

—¡Pobrecito!—dijo Arabella—. He de intentar salvarlo...

Y por tres veces lanzó la cuerda sobre el cuello del potrillo hasta lograr sujetarlo. Con toda la fuerza de su persona tiró de él, evitando una muerte segura.

Lo llevó a su pequeño establo y le hizo entrar

en calor friccionándolo con paja seca. Poco a poco el potro reaccionó con la agradable sensación de la ternura. Y la joven comenzó a acariciarlo sintiendo una gran simpatía por él.

Alfredo Morlan, con sus hombres y precedido de los perros que olfateaban el rastro, llegó ante la carreta de los saltimbanquis. "Star", la madre enloquecida por la pena, llegóse a la puerta del establo donde estaba encerrado su hijo y comenzó a dar coces, expresando su súbita alegría.

Descendió del caballo Alfredo y entró en la cuadra encontrando a Arabella con el potrillo.

¡Oh! ¡El potro en el que tenía tantas esperanzas! ¡Bendito hallazgo!

—Yo le he sacado de la laguna, señor... Yo le he salvado la vida...

Y Arabella explicó lo ocurrido. Los dos acariciaban la fina piel de la bestia y se miraban con cierta emoción...

El potro salió al campo y, al ver a su madre, corrió hacia ella y con hambre feroz comenzó a beber del manantial de sus ubres.

Alfredo, satisfecho por haber encontrado al hijo de "Star" que ya consideraba perdido, agradecía el cuidado y el buen corazón de Arabella.

Pero era necesario seguir... La lluvia había despejado el firmamento que brillaba con infinitas gotas de luz... La muchacha quiso acompañarles hasta el puente... Los otros titiriteros contemplaban con cierta curiosidad el accidente ocurrido...

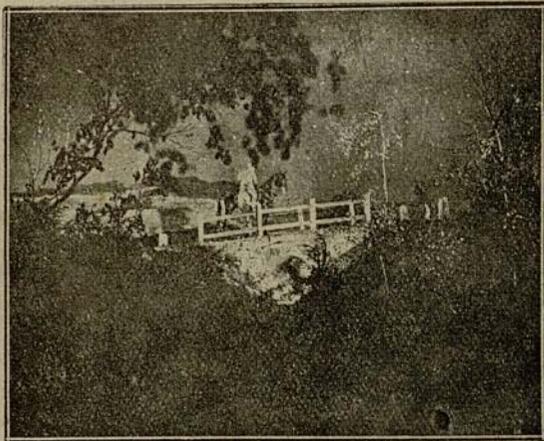
Al despedirse, en el puente, Alfredo preguntó con una sonrisa:

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Arabella...

—Pues bien... Ya que el potrillo te debe la vida, en adelante se llamará como tú...

Y después de ofrendarle el regalo de una sortija como recuerdo de aquella noche, siguió la marcha con sus hombres, no sin que la muchacha le sonriera con una dulce y tierna mirada y fuera a acariciar al potro que había salvado... Luego regresó solitaria a su carreta, con el alma encendida por primera vez con la llamita rosa de una tímida ilusión...

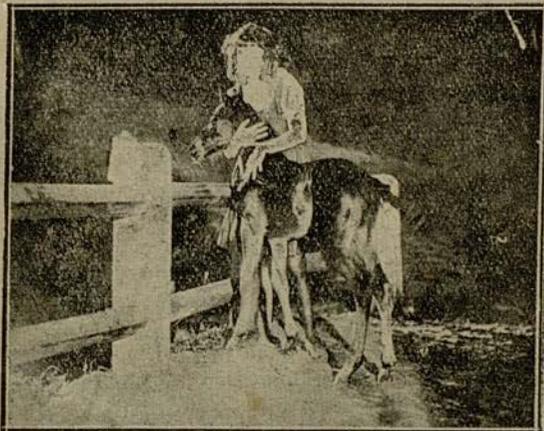


La muchacha quiso acompañarles hasta el puente...

*
* *
*

Transcurrieron los años, portadores de sensibles transformaciones... El potrillo que un día quiso conocer el sabor de la libertad, era ahora un magnífico caballo de carreras que paseaba triunfal-

mente por el mundo el nombre de su amo. Embarcado en un trasatlántico dirigióse a Francia a tomar parte en las famosas carreras de Auteuil. En una cuadra acolchada, esperaba la bestia el momento de medir sus fuerzas con otros caballos igualmente veloces. No conoció nunca la derrota. Alfredo Morlan, que era su dueño y jockey, estaba seguro de que el animal seguiría su camino de



...y luego fuera a acariciar al potro que había salvado.

triunfo.

Alfredo mostraba a los pasajeros del buque aquel soberbio "pur sang" llamado "Arabella" en recuerdo de la aventura de aquella noche y de la mujer que lo salvó... Muchas veces, Morlan había recordado el lindo rostro de la muchachita que fué tan

buena para el potrito... ¿En qué parte del mundo estaría la gentil Arabella?

Ella tenía en el mismo barco sin saberlo él, Arabella, la artista ambulante, había ascendido en la pendiente de la gloria, y los grandes trasatlánticos eran ahora el escenario de sus triunfos.

Acompañada de Bautista, un mocetón que bailaba bien y de Juan, un payaso, era una divertida atracción en los grandes buques que las compañías navieras pagaban para solaz de los pasajeros.

Mientras en la segunda cubierta Alfredo continuaba explicando a varios amigos los triunfos de su famoso caballo, en uno de los pasillos de primera, el payaso vestido grotesco y lamentablemente, congregaba a su alrededor a un público complacido por el espectáculo.

—Respetable público—comenzó el clown—: Iremos a presentar a ustedes nuestro burro sabio y la gran pantomima de "La Araña y la Mosca"... pero el sesudo asno se encuentra mareado y pide que se le dispense... Por lo tanto sólo representaremos la pantomima...

Salió Arabella, una linda muchacha, que representaba una mosca, y después, Bautista, vestido de araña.

Comenzó la pantomima, la comedia muda ante la admiración de las gentes... La mosca danzaba en giros armoniosos, fantásticos, esquivando el encuentro del bicho que la rondaba. Pero pronto cayó prisionera entre los largos hilos de la araña que le arrancó las alas y quiso aplastarla bajo su negro corpachón.

Aplaudió el público que de esta manera olvidaba las horas monótonas del viaje.

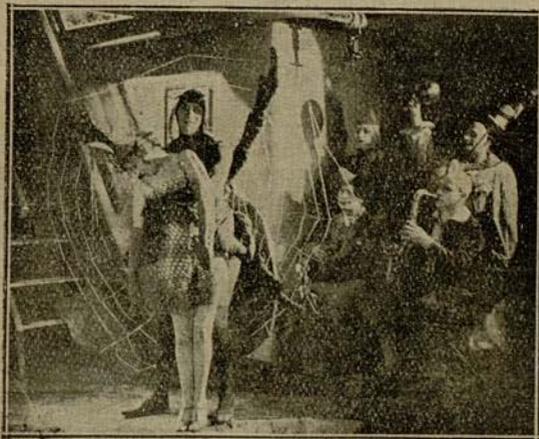
Bautista, alma de niño en cuerpo de hombre, su-

fría la fascinación de los encantos de Arabella y no se cuidaba de ocultar sus sentimientos.

Así, cuando después de haber terminado la pantomima, levantó triunfante a la muchacha, sin poder contener la pasión que le inspiraba, sintiendo el perfume cálido de sus labios, musitó junto a ella:

—Eres deliciosa, Arabella...

Ella le rechazó brusca y respondió en voz



Pero pronto cayó prisionera entre los largos hilos de la araña, que le arrancó las alas.

baja:

—¿Por qué insistes? ¿Cuántas veces te he dicho que no siento amor?

—Si te perdiera a ti, lo perdería todo...

Arabella hizo un gesto de desdén, y dirigiéndose al público comenzó a recoger en el fondo de un

sombrero las monedas que brindaban los espectadores.

Alguien tiró desde la cubierta superior unas monedas de plata. Volvióse súbitamente la muchacha y reconoció a Alfredo Morlan, quien, a su vez, sintió en su corazón algo inexplicable...

Arabella subió al encuentro de Morlan, preguntándole con admiración:

—Pero... ¿usted aquí?

—¡Oh, Arabella!... Al fin vuelvo a encontrarte... Si supieras cuánto he pensado en ti...

—Y yo—contestó ella con ingenuo entusiasmo. Pero... este caballo... ¿es aquel...?

—Sí... lee...

Arabella acercóse y vió sobre el lomo del animal, marcado en fuego, el nombre de "Arabella".

—Lo prometido es deuda... Quise ponerle tu nombre... Me he acordado tanto de aquella noche...

Siguieron hablando, radiantes de alegría...

Bautista, bruscamente rechazado por Arabella, contempló celoso el encuentro de la muchacha con Alfredo... ¿Quién era aquel hombre? El llevaba poco tiempo en la "troupe"... ¿Cómo conocía Arabella a aquel personaje?

En días sucesivos lo averiguó todo... El odio iba formando su tumor venenoso en su corazón. Mientras Arabella pasaba el día departiendo amistosamente con Alfredo Morlan, para él no tenía ni una mirada de cariño...

Aquella tarde, al verles platicando en cubierta, se dispuso a subir e interrumpir bruscamente su conversación. Llegaba ya cerca de la pareja, cuando uno de los tripulantes le advirtió:

—Vaya a la bodega, señor Bautista... Su viejo "Bobby" está como muerto...

El viejo "Bobby", el asno de la compañía, era

el único ser en quien el ansia de cariño de Bautista había encontrado un eco... Llevado por un sentimiento de compasión que incluso vencía los celos, corrió hacia la bodega.

—¡Bobby, Bobby!—gimió...

Con el payaso Juan, le acercó el cajón del pienso... Pero la bestia no tenía hambre y reclinaba su cabeza como si se dispusiera a morir...

Uno de los marineros salió de la bodega y dirigióse precipitadamente al lugar donde se encontraban Alfredo y Arabella y otros pasajeros que no perdían ocasión de admirar al caballo que valía una fortuna.

—Tenga cuidado con el caballo, pues en la bodega hay un animal infectado—dijo.

El veterinario que acompañaba siempre a "Arabella" corrió hacia el sitio donde sufría el humilde amigo de Bautista. Después de un rápido examen, ordenó:

—Hay que sacrificarle ahora mismo. Es un peligro para el caballo. Incluso el aire puede contagiar al campeón...

Y sin escuchar los ruegos, los sollozos suplicantes de Bautista, al que tenían que sujetar varios marineros, dió tal inyección al asno, que a los pocos segundos estaba muerto.

—¡Pobre Bobby! ¡Y has muerto por él... por el otro!—decía el infeliz acariciando el cuerpo exánime del rucio. Lloró con un desconsuelo profundo de hombre solitario... ¡Ah, qué odio sintió en su alma!... Desde que Arabella hablaba con Alfredo, demostraba hacia él la más absoluta indiferencia... Y aquel hombre, además de robarle el amor, por su culpa, por aquel caballo suyo, sacrificaban al inocente "Bobby". ¡Quién sabe aún si éste hubiese vivido! ¡Ah, miserables!

El veterinario, con aire satisfecho y jovial, subió a cubierta y explicó:

—Tranquilícese, señor Morlan, ya ha desaparecido el peligro...

—¡Oh, gracias, amigo!...

—¡Pobre asno!—dijo Arabella con aire de piedad—. Ha sido trágico su fin.

Alfredo y Arabella se sentían atraídos uno hacia otro y el amor comenzaba a rodearlos. Muchas noches, sobre cubierta, teniendo ante ellos la oscura inmensidad del mar, ponían como testigo de su amor al cielo.

Aquella noche, el asno, cubierto con una ropa burda, fué tirado al mar. Sobre el macabro envoltorio, Bautista colocó como último tributo un ramo de rosas.

Fué un dolor silencioso en que nadie tomó parte... Los marineros efectuaron indiferentes la operación... Bautista, con lágrimas en los ojos, vió descender el bulto que guardaba los despojos de su amigo.

—Adiós, "Bobby"... adiós...

La noche era tranquila, azul... En el salón de cámara había fiesta... Alfredo y Arabella platicaban en la cubierta de 1.ª clase... En sus aínas vibraba la campanita de plata con su toque de gloria: Amor... siempre amor...

Bautista, lleno de coraje, vió a los dos jóvenes...

—¡Canalla!—dijo desde lejos y con aire amenazador—. ¡Tu caballo morirá aunque lo escondas en el fondo del mar!

Y un poco más tarde, a hurtadillas, llegóse al departamento donde descansaba el caballo. Sus manos acariciaban un revólver... El guardián dormía... Abrió la puerta y con pulso inseguro disparó... Erró la puntería, y el guardia, que había despertado al

sonar el tiro, cayó sobre él entablándose una lucha violenta.

Peró Bautista libróse de los brazos del vigilante y emprendió una carrera loca por los corredores... Las gentes salían a cubierta preguntándose a qué obedecía el tumulto...

Un marinero advirtió a Alfredo, que seguía conversando con Arabella, ajeno a cuanto pasaba.

—Le han disparado un tiro a su caballo, señor...

Morlan corrió hacia la cuadra y pudo comprobar que la bestia estaba ileña, y dejando a la bella danzarina, que había escuchado horrorizada lo ocurrido, se lanzó en persecución del malvado.

Bautista, viéndose perdido, trepó por una de las escalerillas de cubierta, pero pudo darle alcance el propietario entregándolo a los marineros. El pasaje estaba indignado... ¡Atentar contra la vida del noble animal que era una gloria de los concursos hípicas!

Alfredo, después de capturar al miserable, fué al encuentro de Arabella y le dijo:

—Ha sido ese hombre que trabaja contigo... ¿Por qué habrá querido hacerme tanto mal?

La muchacha recordó el dolor de Bautista, la muerte de "Bobby", y sintió compasión por él...

Vieron pasar a Bautista conducido por los marineros que iban a encerrarlo en la bodega... Arabella, llevada de repentina piedad, suplicó:

—Perdónale, Alfredo... Fué su pena la que guió su mano...

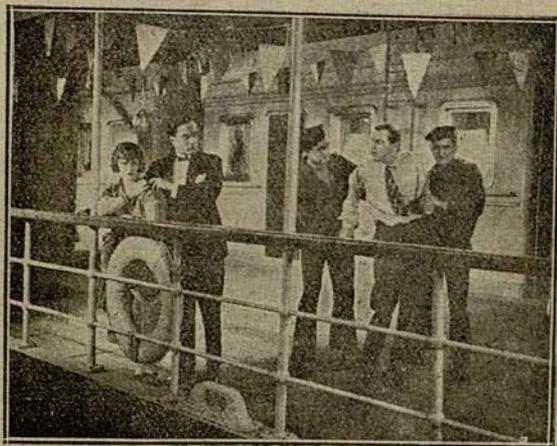
—Le perdono por ti... chiquilla... le perdono porque tu corazón me lo pide...

Y la generosidad de Arabella evitó a Bautista un castigo ejemplar...

*
**

Los triunfos del caballo "Arabella" se habían extendido por todo el mundo y en el puerto de desembarco un gran recibimiento aguardaba al favorito.

La danzarina había roto su contrato con Bautista recobrando por entero su libertad. El muchacho,



Vieron pasar a Bautista conducido por los marineros...

hoso, solitario, estaba atormentado por siniestras ideas de venganza... No agradecía el perdón tan noblemente prodigado, quería vengarse de aquella mujer que estaba enamorada de Alfredo...

Morlan se despidió de Arabella después de haberle declarado su amor... Se encontrarían en París...

Y después de efectuada la carrera de Auteuil, se casarían...

Una semana más tarde tuvo lugar en el hipódromo el Gran Premio... En París no se hablaba de otra cosa que del torneo hípico... ¿Triunfaría otra vez el famoso "Arabella"?... Así lo esperaban Morlan y su novia, la antigua danzarina, que había acudido a París para presenciar las carreras.

Alejado de sus compañeros de farándula, Bautista, que había llegado a la capital de Francia siguiendo los pasos de Arabella, arrastraba una existencia miserable, siempre fija en él, obsesionante, la idea de la venganza.

—¿No apuestas nada por "Arabella"?—le preguntó uno de los parroquianos del café donde iba cada noche.

—Sí. ¡Mi vida!—repuso con brutal expresión...

Aquella tarde del domingo, la gran ciudad se trasladó a Auteuil. Había un entusiasmo indescribible... La danzarina Arabella, que acababa de saludar a Alfredo, tenía fe ciega en el triunfo del animal que llevaba su nombre.

Confundido entre el público, rondaba Bautista, despechado contra la bestia responsable de la muerte de "Bobby" y deseoso de encontrar a la mujer que había amado, para vengarse de ella...

—No será mía, pero tampoco de otro...

Dió principio la carrera... Momentos de ansiedad, de sublime emoción... Los caballos, puestos en hilera, magníficos ejemplares de las mejores caballerizas de Europa, lanzáronse a galope al toque de partida. "Arabella" pronto llevó ventaja.

—¡Viva!... ¡Viva!

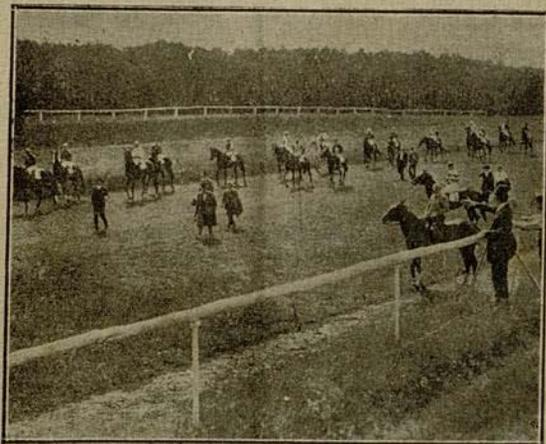
La danzarina saltaba de júbilo... ¡Bien, "Arabella"! ¡Bien, Alfredo, adelante!...

Era en la última vuelta cuando otro caballo ade-

lantóse en la línea de clasificación dejando atrás a "Arabella". ¡Oh, la ansiedad de los corazones palpitanes!

—¡Arabella!... ¡Arabella!... ¡Adelante!...

Y el caballo, acuciado por Alfredo, su jockey, con un esfuerzo gigantesco, cuando ya el otro le llevaba bastantes metros de distancia, logró sobrepasarle y avanzar también en majestuosa línea de



Los caballos, puestos en hilera, magníficos ejemplares...

triunfo...

Llegaba a la meta... ¡Vencedor! ¡Vencedor! ¡Bravo!... Pero jinete y caballo, no pudiendo ya resistir el empuje, cayeron pesadamente cuando ya el jurado declaraba triunfador a "Arabella".

Bautista, paseando entre la entusiasmada multi-

tud, había visto a la danzarina. Con disimulo pudo colocarse detrás de ella... ¡Ah, la maldita!... ¡Cómo aplaudía, enardecida de amor!... Y de pronto, acuciado por el odio, sacó un puñal del bolsillo y lo clavó furiosamente sobre la espalda de Arabella. Puñalada trapera. Puñalada infame.

La joven cayó desvanecida.

No quiso huir, se entregó con una sonrisa cínica, a la policía, al público que quería lincharle.

La joven, recogida por unos caballeros, fué llevada a la enfermería...

Allá cerca, el público que no había presenciado la tragedia, aclamaba a "Arabella" y al jockey propietario... El animal, rendido por el cansancio, tendido en el suelo, jadeaba fatigosamente. La vida de "Arabella" no había sido hasta entonces más que una ascensión rápida y continua hacia la gloria, en que cada escalón representaba un triunfo, pero se iniciaba ya para el caballo favorito la era del descenso.

Alguien avisó a Alfredo lo que había ocurrido. Y el joven, esquivando los encuentros y las ovaciones, corrió junto a la mujer amada.

—Por fortuna, la herida no es grave... Un rasguño que no tardará en curarse...—le dijo un médico...

Y Alfredo, junto a Arabella, comenzó a hablarle con ternuras de enamorado...

—¡Chiquilla!... ¿Qué te han hecho?... Alma mía... responde...

Ella abrió los ojos y sus labios balbucearon el nombre del amado como la única idea que vivía en su imaginación...

—Alfredo...

—¡Arabella! Yo quiero que vivas... Mi amor...

Y la acariciaba suavemente sintiendo que ella era el único objeto de su existencia...

*
* *

Pasó el tiempo... Alfredo y Arabella se casaron y una niña era el regalo de su amor...

El pobre caballo "Arabella", víctima de la ingratitude de los hombres que lo abandonaban cuando



—¡Arabella! Yo quiero que vivas.

le debían la riqueza y la dicha, recorría trabajosamente su penoso calvario... El encargado de las caballerizas de Morlan acababa de venderle en una feria... Ya no era sombra de lo que fué.

La antigua danzarina, preocupada con los goces de la maternidad, no se acordaba de la bestia que salvó unos años antes.

Alfredo ordenó su venta, con el egoísmo de los hombres que no quieren en sus caballerizas bestias que no sean aprovechables. De nada le valía su pasado al pobre "Arabella"... Había engordado, perdido sus esbeltas líneas y sus piernas bien formadas de corredor...

Un traficante en caballos, después de regatear el precio, lo adquirió.



Alfredo y Arabella se casaron, y una niña era el regalo de su amor.

—Buen... me quedaré con él... Trato hecho...

Y llamó a Patricio, su mozo de cuadra, cuyos perversos instintos le convertían en el verdugo de los animales confiados a su cargo.

—Aquí tienes ese caballo... Llévalo a la cuadra...

—En seguida...

Y contempló con curiosidad a la bestia que así había descendido desde los campos elegantes de los hipódromos al establo de un mercader que luego lo revolvería para sacar mayor precio.

—Parece que tienes hambre—dijo Patricio con una sonrisa cínica—. Pues en buen sitio has caído...

Y llevado de su estúpido espíritu de crueldad, le encerró en la cuadra, comenzando a hacer sentir a "Arabella" el dolor desesperado del hambre.

Bien pronto, bajo la férula de aquel hombre infame, "Arabella" experimentó los más crueles martirios.

No le daba pienso ni agua para apagar su sed... La bestia coceaba, enfriaba rápidamente, y con los ojos tristes y meditabundos parecía recordar los buenos tiempos lejanos, la admirable vida de ayer...

El mercader, extrañado al ver que "Arabella" quedaba en los huesos, llamó al veterinario para que lo reconociese.

—Enfermedad no tiene ninguna... Lo que le pasa a este animal es que no come...

—¿Está usted seguro? Pues no será porque no dé dinero para cebada... Patricio... Patricio...

El llamado se presentó con aire provocativo y repugnante.

—Dime, ¿dónde está la cebada?... ¿Es que te has propuesto matar de hambre a "Arabella"?

El perverso intentó disculparse y, sonriendo, respondió:

—Mire, mi amo, donde tiene la cebada el animal...

Y señaló el vientre flácido de "Arabella".

—Dale más comida, te lo ordeno... Y luego limpia la cuadra...

—Así se hará, señor amo...

Pero cuando el mercader se alejó, Patricio, en-

furecido por la reprimenda de que había sido objeto, pateó el vientre del animal, mientras exclamaba:

—¿Tienes hambre, maldito?... Pues vas a ver... Llenó de cebada el cajón del pienso y lo colocó ante "Arabella".

—¿Ves? Magnífico pienso, ¿verdad?... Pues no lo probarás...

Y colocó el cajón a poca distancia del caballo, pero de modo que la bestia, amarrada a una cadena, no pudiera alcanzarle... En vano "Arabella", enloquecido por el hambre, pugnaba por librarse de la cadena y alargaba el cuello hacia la cebada que estaba allí a dos pasos de él, sin poderla comer...

—Anda, púdrete, mala bestia... No comerás... Quiero torturarte, te odié desde el primer día...

Era el suplicio de Tántalo... Acercar la comida a los labios del hambriento y apartarla... Allí, junto a "Arabella" casi a su alcance, estaba el pienso que exhalaba para el animal su áspera y ruda fragancia... La crueldad del hombre le impedía comerlo...

La bestia relinchó tristemente... Sus ojos miraban al mozo con una profunda piedad... Parecían decir:

—¡Patricio!; ¿qué te he hecho yo para que me trates tan mal?... ¡Patricio!; ¿por qué no eres bueno?

Luego su tristeza convirtióse en rabia... Deseaba librarse de la cadena que le oprimía y poder saciar el hambre que le atormentaba.

Pero Patricio, cerca de allí, con toda tranquilidad engullía su suculento almuerzo, sin hacer caso de la desesperación del caballo.

El mercader se presentó de nuevo en la cuadra y,

al ver el estado lastimoso de "Arabella", sintió deseos de abofetear a Patricio.

Llegóse a él, agarróle por la americana, le arrastró hasta las patas del animal y, obligándole a arrojarse, rugió:

—Pídele perdón, infame... El es más digno que tú... Acércale el pienso... criminal...

Y el otro, con el terror de todos los cobardes que sólo demuestran su valentía ante el débil, inclinó la cabeza y acercó el cajón del pienso al alcance de "Arabella", que lo devoró con fiebre abrasadora.

—Y ahora... vete... te echo de mi casa... eres indigno de permanecer en ella...

Patricio levantóse y, con una sonrisa procaz, se alejó de allí. ¡Bah! Ya encontraría otros establos donde hubiese caballos que martirizar... Hay hombres salvajes que no pudiendo martirizar hombres, martirizan bestias.

Cuando marchó Patricio, el mercader, acariciando a "Arabella", dijo:

—¡Pobre animal! Para tenerte así de descuidado, vale más venderte otra vez...

Y fué y lo vendió a un titiritero de feria que tenía un puesto de caballitos en una plaza de París...

Bautista, cumplida su condena en la cárcel, no era más que un guñapo humano... Sin saber a dónde acudir, rondando por las calles, el azar le acercó al titiritero, a quien pidió trabajo.

—¿En qué ha trabajado usted hasta ahora?

—Fuí artista en otro tiempo...

—Pues quédese... Yo le daré ocupación...

Pero... ¡oh, el monótono y horrible trabajo!... Bajo los caballitos, en su fondo, estaba el pobre "Arabella" que con su peso hacía girar toda la atracción. Eran millares de vueltas repetidas du-

rante día y noche. La bestia, como en la noria, giraba sin compasión, mientras arriba se divertían los chiquillos. Y Bautista fué el encargado de vigilar al animal, látigo en mano para que no detuviese su trabajo. El, sentado en una rueda, giraba a su vez, y era un suplicio terrible aquel movimiento rotatorio, encerrado en el fondo de una especie de subterráneo sin luz... Y así el destino, burlón, hizo que Bautista, sin saberlo, compartiese la suerte del ser que tanto odiaba. Dulces y amargos recuerdos se amontonaban en la imaginación del desdichado... Era un pelele, un muñeco sin voluntad...

Una tarde, la señora de Alfredo Morlan, la antigua danzarina Arabella, pasó con su hija en automóvil por aquella plaza de París. La niña quiso subir a los caballitos, a lo que accedió complacientemente su madre. No sospechaba ésta que bajo aquella rueda estaban Bautista y el viejo caballo.

El animal, envejecido, fatigado por aquella ruda existencia de trabajo, se detuvo de pronto y fueron inútiles los latigazos de Bautista para que volviera a andar. El titiritero, extrañado por aquel imprevisto paro—tenía los caballitos llenos de gente menuda—abrió la portezuela que comunicaba con la parte inferior y gritó a Bautista:

—¿Qué ocurre?

—El caballo no quiere andar...

—Péguele...

—Ya lo he hecho...

Descendió a su vez y fué en balde obligar a "Arabella" a que reanudara su marcha.

Ante aquella detención, Arabella bajó a su hija de los caballitos y se asomó, con instinto curioso de mujer, al sótano abierto... Fué un momento...

dos miradas que se cruzaron... dos rayos que despertaron brutal recuerdo...

Loca de terror, Arabella, al reconocer a Bautista huyó velozmente con su niña subiendo al automóvil... Pero el hombre, ante la rápida visión de la mujer que había amado un día, sintió su antigua sed de venganza y encaramóse y subió a la plaza en el momento en que Arabella y su hija marchaban en el coche.

—¡Ah! ¡Está en París!... He de encontrarla... He de vengarme de ellos...

Y averiguó que habitaban un elegante chalet y juró que se acordarían de él.

El tífiritero, viendo que "Arabella" era ya una cosa inútil, inservible para el rudo trabajo, lo llevó al matadero. Pero allí, cuando ya se disponían a sacrificar a la pobre bestia de tan ilusoria historia, el cochero Roque, que acababa de perder su último caballo, quedóse a cambio de su viejo reloj de plata con "Arabella".

—Sustituiré a mi pobrecito muerto...

Y con alegría acarició al animal que desde aquel momento era suyo...

* * *

Una noche, el Teatro de la Opera, con su bullicio de mascarada, atraía a los felices.

Alfredo y Arabella se disponían a ir al baile. La esposa había contado unos días antes a Morlan el encuentro con Bautista en los caballitos. Pero su marido la tranquilizó. ¡Bah! Le salió muy caro la primera vez... Enseña mucho el presidio... No había que temer nada... Y no volvieron a acordarse del criminal.

Pero, aquella noche, Bautista rondaba los alrededores de la finca. Vió como salían los esposos Morlan que habían dejado a su hija al cuidado de los criados.

Silenciosamente saltó la tapia y ya se disponía a penetrar en la quinta por una de las ventanas, cuando se ocultó al ver marchar a los criados que, aprovechando la ausencia de los "señoritos", iban también a divertirse. ¡Ah! Quedaría sola en la casa la hija de Arabella, y la niña sería el objeto de su venganza.

Y Bautista, con el mayor sigilo, penetró en la finca... Abrió la puerta de la habitación en que dormía la pequeña... la hija de aquellos seres que odiaba. Iba a raptarla, a tirarla después al río... Pero, de repente, sintió algo que le obligó a retroceder, como si una idea nueva, salvadora, viniera a suceder a sus viejos propósitos de venganza.

Se vió de pequeño durmiendo como la niña en una cunita y velado por su madre... La buena mujer que le había dado la vida, siempre le aconsejó bien... Acaso, si no hubiese muerto siendo él un chiquillo, su existencia hubiera tomado otro rumbo.

—No, no, yo no puedo hacer eso...

Y horrorizado, viéndose incapaz de realizar sus propósitos, sintiendo, a pesar de su odio, cierta compasión por la hija de aquella mujer que adoró tanto, huyó avergonzado de su conducta...

Salió de la quinta y dejóse caer en uno de los bancos de un jardín cercano. Nevaba... Sintió frío en todo su cuerpo... ¿Es que iba a morir?

Mientras, en el Teatro triunfaba la bulliciosa alegría del Carnaval... El cochero Roque con su viejecito "Arabella" que temblaba bajo la nieve, aguardaba a la puerta del teatro a que alguien alquilase el simón.

Poco a poco fueron desfilando las máscaras... Y salieron también Alfredo y Arabella. Viendo el coche de Roque ante la puerta lo alquilaron para que los llevara a casa. Estaban contentos, reían en el interior del modesto simón con la felicidad de dos novios...

Bautista, aterido, había caído desvanecido en mitad del arroyo y la nieve que batía furiosamente la tierra lo cubrió por entero como un sudario.

El simón pasó por el jardín donde Bautista estaba cubierto de nieve. Y al llegar junto a él, la bestia, advirtiendo que bajo el bloque de nieve había un ser humano, quedóse inmóvil negándose a avanzar a pesar de los amistosos requerimientos del cochero.

—¿Qué pasa?... ¿Es que no quiere andar?—preguntó Alfredo.

—No, señorito. No sé qué le ocurre... ¡Allo!... ¡Allo!...

Llevados de su pasión por los caballos, Alfredo y Arabella bajaron del coche, yendo a contemplar al animal que con las patas como clavadas en la tierra negábase a avanzar...

Arabella acarició la piel del animal y de pronto lanzó una exclamación de júbilo:

—Lee, Alfredo. Lee... Es nuestro "Arabella"...

Alfredo leyó asombrado el nombre que hizo marcar en otro tiempo a su caballo favorito... Y acarició también a su viejo amigo que movió significativamente las orejas como reconociendo al antiguo amo...

—Este caballo fué mío en otro tiempo—explicó a Roque.

—Oye, ¿por qué no te lo quedas?—suplicó Arabella—. ¿No te parece providencial el encuentro?... Fulmos tan malos al abandonarlo...

—Tienes razón... ¡Pobre "Arabella"! ¡En qué estado se encuentra ahora!... Oiga, cochero, si usted nos lo vende, puedo ofrecerle trabajo en mi casa para cuidar de él.

—De mil amores, señorito—respondió el auriga, que deseaba una colocación estable.

Y entonces se fijó Alfredo en unos zapatos de hombre que aparecían en la nieve. ¡Ah! La bestia



Estaban contentos. Reían en el interior del modesto rincón con la felicidad de dos novios.

no quería avanzar porque había allí un ser humano... ¡Noble animal!... Y con manos temblorosas comenzaron a deshacer el bloque nevado hasta que apareció el cuerpo rígido y frío de un hombre.

Al reconocerle quedaron mudos de estupefacción. Pero, reaccionando, Arabella suplicó:

—Alfredo... Debemos socorrer a este hombre... No podemos abandonarlo...

—¿Pero tú sabes quién es?... El mal que te causó.

—Ahora sufre... Si no le ayudamos, morirá... Estamos cerca de casa... Sé bueno con él...

Y Alfredo, accediendo a la voz de su mujer, ayudado de Roque, levantó a Bautista y lo condujo a su casa. Fué llevado a uno de los cuartos de la ser-



—¿Sabes quién te ha salvado la vida?

vidumbre y, poco a poco, los cuidados de Arabella le hicieron recobrar el conocimiento.

—¿Sabes quién te ha salvado la vida?—dijo la señora a Bautista—. “Arabella”, el pobre animal a quien quisiste matar...

El muchacho rompió a llorar con un infinito desconsuelo... Pero ¿dónde estaba? ¿No le atendían las

manos de ángel de Arabella a la que él quiso hacer tanto daño?

—Perdóname, Arabella—gimió—. Soy el hombre más desdichado del mundo... Nadie me quiere; perdóname. Y usted también, señor Morlan. Quise hacerle mucho daño... soy indigno, lo comprendo...

Alfredo, un poco alejado de allí, con la mirada dura, no parecía dispuesto a perdonar a Bautista.



Y se acercó al doliente, estrechándole la mano.

Pero Arabella se acercó y le dijo:

—Olvidalo todo, Alfredo... En el fondo es bueno... es una de esas almas infantiles que no pueden vivir sin un poco de cariño...

—Le perdono... porque tú me lo pides... le perdono...—Y se acercó al doliente estrechándole la mano.

—Bautista—dijo Arabella—, te perdonamos... olvida tu pasado y procura ser un hombre digno.

—Te lo juro... Tu bondad me da fuerzas... Prefiero morir si no puedo ser bueno...

Y seguía llorando con verdadero arrepentimiento.

* * *

No todo en el mundo fué negra ingratitud... y "Arabella", después de tantos sufrimientos, pudo al fin disfrutar de una vejez tranquila, junto a Roque, convertido en su guardián...

Bautista trabajaba en un oficio. Había emprendido un camino de honrad.z... Morlan y su mujer, la dulce y buena Arabella, disfrutaban los puros goces de la paternidad... La niña iba creciendo y era linda y suave... Desaparecidas las nubes de la tragedia, brillaba con mayor fuerza la luz del bien y del amor...

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:
EXTRAORDINARIO

JUEVES, 31 de Diciembre
La grandiosa superproducción
METRO - GOLDWYN

YOLANDA

Creación genial de la insuperable y
bella artista MARION DAVIES

Asunto de gran interés-Éxito enorme

Portada a bicolor — 64 páginas
Profusión de fotografías

Postal-fotografía-regalo:
DOLLY DAVIS

Precio popular : 50 céntimos

Compre usted el mismo JUEVES,
día 31 del corriente, este precioso
número EXTRAORDINARIO

UN ACONTECIMIENTO

ha sido la publicación del seberbio

Número - Almanaque 1926

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

SUMARIO

4 novelas cinematográficas de excelente asunto. — 8 fotografías con marco de otros tantos artistas. — 13 páginas gráficas de actualidades cinematográficas: — ¿ME AMAS? (cuento), por Francisco-Mario Bistagne. — «EL AMOR EN LA ESCENA», (crónica), por José D. Benavides. — EL TRASPUNTE, (novela corta), por José Baeza. — EL BAUTIZO DEL NENE, (cuento), por Lucas O'Mira. — LA DIABLESA, (cuento), por Francisco-Mario Bistagne. — INICIACIÓN, (cuento), por Franfreluche, y otros cuentos y novelas cortas de autores nacionales y extranjeros. — Portada a tricromía. — 128 páginas.

Amenidades.

¡INTERESANTE!

Con cada **Almanaque** se regala un lujoso **Album** para coleccionar las postales del año 1925

